

excerpt from *Península*, *Península* by Hernán Lara Zavala

III. La señorita Bell (I)

15 de febrero, 1847. He recorrido un largo trayecto para llegar hasta aquí, al pueblo de Hopelchén, en el que trabajaré como institutriz. Salí de Londres hace tres semanas. Antier tocamos La Habana y hoy llegamos por fin al puerto de Campeche, lugar tan remoto y exótico para mí que pensé que sólo existía en mapas antiguos y en novelas de piratas. Al arribar, exhausta y mareada, supuse que viviría en el puerto porque en nuestra correspondencia se me hablaba de que Campeche sería mi nuevo lugar de residencia. Pero por lo que logré colegir, cuando me hablaban de Campeche no se referían al puerto sino a la región y a un pueblo cercano a la hacienda de don Quintín, muchas leguas tierra adentro, que es donde voy a vivir, por cuánto tiempo no lo sé, Dios dirá.

Después de tan prolongado viaje nuestro barco entró por la mañana en la amplia bahía de Campeche con el sol en todo su esplendor iluminando un mar tranquilo, sedoso y reluciente, con unas embarcaciones de Pescadores deslizándose sobre su inmóvil superficie. Desde la cubierta pude contemplar la ciudad con sus impresionantes murallas, torres y baluartes que me cautivaron de inmediato. Campeche es un recinto fortificado y resguardado con sólidos bastiones que dan directamente al mar y con una puerta para controlar su acceso. Alrededor de la ciudad todo es verde y sobre la playa vi por primera vez las bellas palmeras meciéndose al vaivén del viento que me trajeron a la mente las exóticas tierras que había conocido sólo a través de novelas. Unas breves y verdes colinas se levantaban en el horizonte. Como el mar es muy bajo tuvimos que fondear a distancia del puerto y desembarcamos en pequeños botes que nos transportaron hasta los muelles en donde ya me esperaba mi patrón, don Quintín Silvestre, en compañía de José María, su secretario. Por lo poco que puede observar, Campeche es una ciudad pequeña pero muy próspera, con mucho comercio, marinos de todas partes del mundo y una enorme iglesia desde la que se domina la bahía. El muelle, el mercado, la plaza principal, la aduana, la maestranza y los baluartes, todo está muy cerca de lo que llaman la Puerta de Mar. La brisa hace que el calor no sea tan pesado, cuando menos por ahora, como me dijo don Quintín. El mercado, junto al muelle, despliega enorme actividad. Me llama la atención que hay más gente indígena de la que imaginé. Antes de llegar creí que sería un lugar parecido a España o a Portugal. Para mi sorpresa abundan los indios, los cuales se reconocen fácilmente: visten de manta blanca, la mayor parte con pantalón corto abajo de la rodilla, sombrero de palma y buena parte anda descalza o cuando mucho con alpargatas. Tienen rostro un poco triangular, anguloso, ojos rasgados, nariz prominente, pómulos altos, cabello oscuro, lacio, abundante: son bajos de estatura, los hombres delgados y las mujeres entradas en carnes, pues para ellas lo rollizo es síntoma de bonanza, su piel es de color oscuro, no negra sino cobriza, firme y tersa; son silenciosos y tranquilos y se comportan de manera sumisa. Me sorprende que en el mercado sólo haya hombres, blancos e indios, casi ninguna mujer.

--Por qué?-- le pregunté a don Quintín.

--Por sus paisanos-- me contestó.

Lo mire extrañada.

--Mis paisanos?

--Sí, por los piratas se ha hecho costumbre que los hombres vayan al mercado para evitar que los filibusteros ingleses y escoceses se roben a nuestras mujeres.

--Todavía sucede?

--Cada vez menos, pero se quedó la costumbre entre la gente.